

Huelgas generales: la rebelión de los racionales

Alfredo Acle Tomasini©

Señalar como culpables de la crisis de un país a sus propios ciudadanos es algo que resulta fácil hacer desde fuera. Comentarios como: los españoles están así porque durante años vivieron más allá de sus posibilidades, o que el gusto de los griegos por la evasión fiscal hundió su economía, además de que son tramposos porque dieron a sus socios europeos cifras falsas sobre su situación financiera, o que los estadounidenses se encuentran donde están porque son una sociedad consumista que vive de prestado, son frases que simplifican en extremo los orígenes de la actual crisis económica y más aún la problemática que se ha derivado de ella.

Pese a esto se convierten en juicios sumarios cuya reiteración en los medios, en los programas de opinión y declaraciones políticas, termina por influir en amplios sectores de la opinión pública y en el ánimo político de sus gobiernos y parlamentos, cuya participación es decisiva para alcanzar los acuerdos que permitan resolver una problemática harto complicada.

Pensemos por ejemplo en el impacto que frases como las mencionadas respecto a España y Grecia tiene en la opinión de los alemanes, cuando al mismo tiempo escuchan a su gobierno y parlamento debatir respecto a la ayuda que se les debe dar a dichos países con recursos que provendrán del erario alemán, es decir, con dinero que salió de su bolsillo, y cuya magnitud podría aumentar en el mediano plazo si las naciones en problemas no cumplen con las condiciones que se pacten para ayudarlas.

Resulta obvio porque amplios sectores de la sociedad alemana no ven con buenos ojos este tipo de apoyos. Más aún porque ellos consideran que, mientras hicieron sus deberes y pusieron su casa en orden, otros dilapidaron lo que no tenían. ¿Por qué ayudarles ahora?, se preguntan. Sin embargo, en el micromundo del ciudadano de a pie no se ve tan claro que la especulación inmobiliaria española se alentó con créditos de bancos alemanes, cuya quiebra les afectaría, y que más temprano que tarde la caída en la actividad económica de sus vecinos les repercutirá en sus exportaciones y por ende en sus empleos.

Sin embargo, así como muchos alemanes perciben que los culpables de sus sendas crisis son los españoles, griegos, islandeses, irlandeses, portugueses, etcétera, éstos sienten que son las víctimas de una situación que no causaron porque ellos lo único que hicieron fue jugar con las reglas que se derivaron de las políticas económicas que impulsaron sus gobiernos y bendijeron sus parlamentos.

Y lo cierto es que tienen razón.

La interacción de los ciudadanos con la economía de su país es similar a la que tendrían unos peces que habitaran en un sistema de estanques y arroyos cuyo caudal, nivel, calidad del agua y temperatura estuvieran determinadas por alguien -el gobierno- y que, a diferencia de ellos, si tiene la posibilidad de ver las cosas desde fuera, por lo que puede entender las interacciones entre variables y además prever situaciones que podrían sacar las cosas de control.

En ese estanque imaginario, la enorme mayoría de los ciudadanos actúa de manera racional y responsable. Muchos españoles decidieron endeudarse para adquirir una vivienda porque los

bancos concedían préstamos con pagos mensuales que eran menores a lo que gastaban en sus rentas; miles de inmigrantes a ese país, con apenas tres meses con un empleo fijo, pudieron comprar una casa con la llamada "Hipoteca de Bienvenida" que les financiaba la totalidad del valor más los gastos asociados. De igual manera, miles de estadounidenses accedieron a un mercado inmobiliario por encima de su nivel económico, gracias a las ventajas que les ofrecían las hipotecas subprime.

Las crisis de varios países europeos -y como hace años sucedió con la mexicanas de los ochenta y noventa- no obedecieron a un comportamiento irracional de sus habitantes que, inspirados en un intento masoquista, decidieron destruir sus sendas economías y bajar varios escalones en su nivel de vida.

En cambio los dueños del estanque, sus gobiernos y los centros de poder financiero, fueron quienes diseñaron políticas económicas que, pudiendo tener al inicio un efecto positivo, terminaron por ser inviables. Pero su mayor culpa no está en el diseño erróneo sino en el hecho de que, pese a tener una posición privilegiada para conocer y observar las cosas desde arriba, prefirieron esperar a sabiendas de que la caída sería de mayor altura, porque eso fue lo que les aconsejó su mezquindad en aras de mantenerse asidos a las riendas del poder.

El rostro de gobiernos e instituciones cambia con la renovación de sus dirigentes, quienes suelen dejar sus culpas en los asientos; no se las llevan consigo porque para eso está el cinismo. Así, su irracionalidad y sus omisiones las terminan pagando los racionales de siempre.

alfredo@acletomasini.com.mx

@AcleTomasini